



José María Casasayas, nombrado "Don Quijote 2000" en un acto en Ciudad Real, en 1999.

## Adiós a José María Casasayas, organizador genial

Un febrero de comienzos de la década de 1980, nuestros amigos los Beltrán nos llevaron una noche al Círculo de Bellas Artes de Palma de Mallorca a escuchar la conferencia de un abogado “aficionado a la literatura.” La conferencia era sobre el encuentro de Don Quijote y Sancho con unos cabreros y la muerte de Grisóstomo desdeñado por la pastora Marcela (DQ I, 11–14).

Habría una docena y media de oyentes. Terminada la conferencia, inquirió el conferenciante si alguien tenía alguna pregunta o quería alguna aclaración. Siguió un incómodo silencio. Para romperlo hice una pregunta a la que me contestó. Otro silencio. Otra pregunta. Silencio. Pregunta. No quise hacer más. Ya nos íbamos cuando el conferenciante, que no era otro que José María Casasayas, vino corriendo tras mí: “¿Usted quién es?” Helena Percas de Ponseti. “Tengo su libro,” exclamó. Aludía a mi primer libro sobre Cervantes publicado en 1975. “Tiene que venir a mi tienda y hablaremos.” Se refería a Can Frasquet, la pastelería conocida por sus deliciosos pasteles y exquisitos turrónes, visitada por los Reyes una vez, luego sus clientes.

A los pocos días entramos en Can Frasquet. Casasayas nos recibió a la puerta y nos hizo subir a su biblioteca que ocupaba dos grandes pisos por encima de la pastelería. Quedamos impresionados: un gran catálogo-fichero de libros, diccionarios, incunables, documentos, revistas de literatura sobre todo de los siglos XVI y XVII, mapas antiguos—un tesoro. Más que biblioteca privada parecía biblioteca universitaria excepto que todo estaba a la vista. Y con su acostumbrada generosidad la puso a mi disposición.

Fue el comienzo de una entrañable amistad. Nos veíamos todos los inviernos. Ignacio y yo íbamos al Puerto de Pollensa a pasar los meses de enero a marzo, hacer excursiones por las escarpadas montañas del norte de la isla con nuestros acogedores amigos mallorquines, ver florecer los almendros y huir del invierno de Iowa. Anticipábamos los encuentros con Casasayas para hablar de escritores, compositores, músicos, teatro, de todo.

Tenía en su casa un excelente sistema de audición. Con Ignacio, pasábamos muchas tardes escuchando la música más selecta. En más de una ocasión, viajó a Bayreuth a escuchar música de Wagner. O a Venecia a absorber la belleza y la grandeza artísticas de la histórica ciudad, o a Florencia a contemplar el arte de la época de los Medici. En Italia le atraía el espíritu del Renacimiento que tan profundamente asimiló Cervantes. Y en Italia también, se veía con su gran amigo el visionario cervantista Carlos Romero, con quien me encontré en más de una ocasión en su casa. Entrar a su casa era como entrar a otras épocas: ánforas romanas rescatadas del fondo del mar, grabados renacentistas y documentos del Siglo de Oro por las paredes. José María Casasayas fue un verdadero hombre del Renacimiento en pleno siglo XX.

Casasayas estaba dotado de admirable capacidad intelectual y refinada sensibilidad. Era exaltadamente intolerante de vulgaridad e ignorancia. Conocimos a su mujer Luisa, de dones domésticos comparables a los literarios y artísticos de su marido y de gran facilidad y rapidez de palabra para no quedarse atrás.

Un invierno de 1987 me dijo Casasayas que había en España una organización de literatos creada para "reivindicar a Cervantes." "¿A quién se le ha ocurrido tal disparate?" salté. "Cervantes no necesita reivindicaciones sino una sociedad de cervantistas sería, como la hay en otros países del mundo."

Al invierno siguiente, me saludó con estas palabras: "Ya la tenemos. Sólo necesito una firma más, la tuya." Ese febrero de 1988 añadía yo mi firma a otras cinco: Alberto Sánchez, Luciano García Lorenzo, José Ares Montes, Alberto Blecua, y Frances Lutikhuisen. Cuando recibí más tarde el Acta Fundacional de la "Asociación de Cervantistas," cuya sede iba a ser Alcalá de Henares, cuna de Cervantes, tras mi nombre venían nueve más: José

Carlos de Torres, Juan María Díez Toboada, Francisco Aguilar Piñal, Aurora Egido Martínez, Carlos Alvar, Enrique Rull, Jaime Moll Roquera, y Manuel Sánchez, cuyas firmas se agregaron entre el 5 y el 17 de ese febrero. José María Casasayas Truyols firmaba el último con la fecha de "4.II.88." Dos meses más tarde, en abril, sin más demora, tuvo lugar en Alcalá de Henares la primer reunión de la fundación de la Asociación de Cervantistas.

¿De dónde le brotó a José María Casasayas la pasión y el fervor literarios? Me contó que a los 13 años, por allá por 1938–39, siendo estudiante de bachillerato, se hirió la pierna izquierda que le enyesaron tras una infección ósea dejándole inmovilizado en cama. Su distracción fue leerse a los clásicos y cuanto le cayera bajo la mano. Su mayor ejercicio andar a saltos con la pierna derecha y desarrollarla hasta el punto de lograr saltar con ella por encima de la cama. Al cabo de ese tiempo, un nuevo médico le trató como se debe, librándolo de ser un inválido. Es, precisamente, ese tesón de aprender a funcionar a toda costa, el que ha gobernado toda su vida, como aprender a hablar sin bocina cuando, años después, le operaron de cáncer de garganta. A Casasayas los desastres físicos que le deparó la vida no lograron ni limitarlo ni desanimarlo. Sólo ahora lo ha vencido la muerte sin dejarle terminar su proyecto de mayor alcance: preparar la celebración del cuarto centenario de la publicación del primer *Quijote* en 2005.

Uno de aquellos memorables inviernos estando comiendo juntos con Luisa e Ignacio en un café de Palma, se desplegó en diatribas contra las ediciones del *Quijote* publicadas en varios centros universitarios, inclusive por miembros de nuestra Cervantes Society of America. Me anunció que pensaba denunciarlas todas porque tergiversaban el texto de Cervantes, etc. Le quité la idea. Si le parecían mal, lo único era hacer él su propia edición. La comenzó a hacer, en efecto, pero no como yo le sugería, sino de una manera muy *sui generis* haciendo que los personajes hablaran en las modalidades de las islas, mallorquín, menorquín e ibicenco. Me dio a leer los primeros capítulos. ¿Qué me parecía? Que se consideraría una originalidad suya, pero que no era ésa mi idea. Durante bastantes años la dejó arrinconada. Pero entiendo que la Editorial Altiplán la publicará en breve, que se trata de una tra-

ducción al catalán mallorquín y que los personajes por donde pasan los protagonistas se expresan con las peculiaridades lingüísticas de su lugar. ¿Se le inspiraría el Vizcaíno del *Quijote*? Lo que sí le dije entonces es que publicara para nuestra revista alguna de las visionarias relaciones que me contaba, como la del conocimiento de astronomía del pastor español. Ya la había empezado en 1979, a instancias de Vicente Gaos, pero la terminó y publicó en 1987-88, no en nuestra revista, sino en *Anales Cervantinos*, dirigida por su gran amigo Alberto Sánchez.

Siempre discutíamos sobre uno u otro episodio del *Quijote*, a veces con gran vehemencia y él siempre me ganaba porque hablaba más deprisa y más seguro que yo, aún después de perder la laringe. Yo le entendía perfectamente. Para defenderme, pero no sin considerar sus argumentos, le contestaba escribiendo un artículo y dándoselo a leer, a veces ya publicado. ¿Su reacción? Lo aceptaba con entusiasmo y me decía que estaba muy bien. La aprobación de un hombre tan exigente dada con tan auténtica sinceridad, era como una inyección de autoconfianza. Un artículo escrito años antes, en 1980, "Los consejos de Don Quijote a Sancho" le había parecido tan bien que le propuso a Francisco Rico de pedirme que los presentara yo en la sección de "Lecturas" de la edición crítica del *Quijote* que estaba preparando y que se publicó en 1998.

De José María Casasayas siempre se pudo contar con la verdad, se tratara de hombre o mujer, de cervantista consagrado o novel. Hará cosa de un año, me declaró por carta, con el aplomo habitual, que no quedaba nada convencido por mi último artículo que Jerónimo de Pasamonte fuera Avellaneda. ¿Su razón? Que como abogado, mientras no se encontrara un documento que lo probara, no se podía afirmar tal cosa. Lo mismo había dicho Martín de Riquer, quien más que nadie, aunque no fuera el primero en pensarlo, aportó contundentes pruebas lingüísticas y biográficas que demuestran que Avellaneda era, en efecto, Jerónimo de Pasamonte: para afirmarlo hacía falta que lo confirmara un documento.

Como organizador, José María Casasayas es de admirar: enérgico, eficaz como pocos, al margen de todo protocolo. Gracias a

sus excepcionales facultades ha puesto en breves años a España con Cervantes en el mapa cultural del mundo mediante los congresos de la Asociación de Cervantistas, llevados a cabo dentro y fuera del país, en los que han conferenciado especialistas e investigadores distinguidos de todas partes. Si José María Casasayas ha logrado obra tan monumental es gracias a una total ausencia de academicismo, a un juicio seguro y a su infatigable trabajo. Para merecerle debemos mantener imperecedera su labor. Es el mayor tributo que le podemos rendir.

Helena Percas de Ponseti  
Emérita de Grinnell College  
110 Oakridge Avenue  
Iowa City, IA 52246  
percivp@mchsi.com